

## Lealtad y traición

Entre todas las virtudes, ninguna es más preciada que la lealtad. Como contrapartida, nada parece más execrable que la traición. Predicar la lealtad y advertir contra la traición parece una perogrullada, pues la adhesión a esa virtud y el desprecio por ese pecado es propio de la condición humana. Ruskin, en "Las siete lámparas de la Arquitectura", ya advertía que la palabra más noble del catálogo de la virtud social es "lealtad". Y podría haber agregado que la más deleznable dentro de sus vicios es "traición".

Pero el hombre no se mueve entre conceptos abstractos. El tiene distintos tipos de relaciones, compromete su existencia con personas e ideas, adquiere distintas afiliaciones y actúa movido por diversas motivaciones y cuando estas múltiples posiciones que debe adoptar en su diario quehacer entran en conflicto entre ellas, habrá que elegir. La lealtad a una puede significar la traición a la otra; la actitud que tome habrá de significar la adhesión de unos y la repulsa de otros.

No es éste un conflicto contemporáneo. Existe desde que existe el hombre. Lo tenían muy presente los fariseos cuando quisieron poner a prueba a Jesucristo: "¿Debemos pagar impuesto a los romanos?". Y la respuesta tajante: "Al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios", y la contrapregunta que todo cristiano se hace sin encontrar la respuesta exacta: "¿Y qué es lo que es sólo privativo del César?" ¿Y qué es lo que es sólo privativo de Dios?"

En "El Alcalde de Zalamea", Calderón de la Barca intenta una respuesta a esta interrogante:

"Al rey la hacienda y la vida  
se ha de dar, pero el honor  
es patrimonio del alma,  
y el alma sólo es de Dios".

Esta división de Calderón en que entrega la hacienda al rey y el honor a Dios es, por otra parte, puesta en tela de juicio por otro poeta español, Pérez de Montalbán, que dice en su drama "La Mujer de Peribáñez":

"Porque no hay seguro honor  
donde hay necesidad".

De alguna manera muy íntima, los conceptos de lealtad y traición están vinculados al del honor: mantiene su honor quien es leal y lo pierde el que traiciona. Y el honor es un valor íntimo, personal, que no admite ser objetivado. En mi opinión, el antiguo concepto del honor español puede equipararse con la idea de la consecuencia. El hombre que es consecuente consigo mismo, que actúa como piensa, mantiene su honor. Quien no lo hace así, carece de honor.

Si aceptamos esta premisa, tendríamos que llegar a la conclusión de que la única lealtad valedera es la que se tiene consigo mismo; que la única traición posible es la que se hace a la propia integridad personal.

En la búsqueda de esta integridad, el hombre debe tomar a diario decisiones que para otros toman apariencia de traiciones. Por ser leal a sus principios, debe, a veces, abandonar amigos, disentir del parecer general, apartarse espiritualmente de la comunidad a que pertenece, renunciar al halago y al aplauso.

Lealtad y traición son términos opuestos y, no obstante serlo, a veces se confunden. Se suele llamar traidor al leal y leal al traidor. Sólo la propia conciencia puede dar un veredicto decisivo. Lo lamentable es que la conciencia, como juez, no es de fiar. Siempre se inclina por su propia causa.

PARTIQUINO